ca *gongorina* y *hortensiana* escribía el famoso Cardenal Sforza Pallavicino que era nuestra elocuencia devota, suave y nerviosa, que embelesa á los auditorios, añadiendo que la nación española naturalmente ingeniosa abunda en hombres de esa manera elocuentes (1).

(1) V. Muñoz Garnica en la obra citada en el texto. Madrid, 1859.

CAPÍTULO IV

De los medios para persuadir: El agradar

La doctrina teológica que el predicador ha de exponer en los sermones debe dirigirse esencialmente á la persuasión de los oyentes, según ya se ha demostrado. Pero el medio por donde dicha doctrina se oirá con gusto, y se logrará que se ponga en práctica, es que agrade. Que por eso San Agustín escribió aquellas palabras tan sabidas; conviene á saber, que el orador ha de predicar no sólo *ut doceat*, sino también *ut mulceat*, y con eso ya tendrá mucho adelantado *ut moveat*, objeto esencial de la Oratoria (1).

El agradar puede lograrse por dos caminos: ó exponiendo los objetos real y objetivamente agradables, como es todo lo bello, ó perorando con lenguaje adornado, con que fácilmente se hechiza para persuadir, conforme á lo de San Buenaventura: *Ratio movet per sermonem ornatum*. Y de estos dos modos de agradar cúmplenos tratar en este capítulo.

Art. I.—Es sumamente fácil agradar por parte del objeto material de la Oratoria Sagrada.

1 Enseña el Angélico que es propio de la belleza el que á su vista descanse la voluntad embelesada (2). O, según después de él definieron Leipnitz y Baldinotti «belleza es la

(1) V. De Doctrina Christiana, L. IV, c. 17.
(2) Summ. Theol. 1.ª 2.ª^{ae}, q. 27, a. 1, ad. 3.^{m}

perfección de las cosas que con su conocimiento nos inunda de encantos los más placenteros» (1). Por manera que cuanto más perfecta y hermosa sea una cosa, con más placer cautivará á nuestro espíritu. Pero los objetos que se han de predicar en los sermones son, sin duda, los más perfectos y hermosos que forman la bienaventuranza esencial ó accidental del hombre en el cielo, ó se la preparan ya en este mundo, como son las virtudes teologales y aun las morales, si las levantamos al orden sobrenatural. Y esto es evidente para nosotros, tanto si se mira á Dios, acto puro y perfectísimo, como á Jesucristo, esplendor de la belleza del Padre, ó si contemplamos á María, magnificencia de Dios, ó á los ángeles, brillantísimos ejecutores de los mandatos del Altísimo; y aun bajando á los hombres, imágenes del Creador, y á las criaturas irracionales, vestigios y huellas del mismo Creador Omnipotente: en todos esos seres veremos para la Oratoria Sagrada no pocas perfecciones y bellezas que con apacible fuerza agradarán á los oyentes que nos escuchan. Por eso se afirma con Coll y Vehí que «la Oratoria Sagrada es la más poética y sublime».

---

2 Ya tenemos previsto que á lo expuesto se dirá que el objeto material de la predicación cristiana no es tan hermoso ni tan agradable como se indica; pues vemos por experiencia que muy pocos oyentes lo ponen todo en práctica, y aun muchos impugnan nuestras doctrinas, según ya de ello se quejaba el Profeta Isaías: «Señor, quién atendió y dió crédito á nuestra palabra?» que alega San Pablo al decir que no todos obedecen el evangelio que se les predica (2). De cierto, la experiencia contraviene muchas veces á los principios generales y teóricos; no obstante, si se escudriña sosegadamente el misterio, se verá con vívida claridad que el resistirse muchos á poner en ejecución lo que se exhorta y predica, si no es por malicia y rebeldía de corazones y perver-

(1) V. P. Jungmam: *Belleza y Artes Bellas*, traduc. por Mudarra.
(2) Isaías LIII, Paul, Rom. X.

sos, es con frecuencia por lo que de sí confesaba triste el Apóstol: «*Yo mismo no apruebo lo que hago; pues no hago el bien que amo, sino antes el mal que aborrezco. Mas por lo mismo que hago lo que no amo, reconozco la Ley como buena*» (1). Por donde, el que los pueblos sean recalcitrantos á lo que se les predica (si la predicación está verdaderamente fundada en la palabra divina), no prueba nada contra la estética y artificio de la misma predicación; mas prueba solamente eso que en sí lloraba el Apóstol de las Gentes. Muchas veces no es más que lo que consigna San Mateo del Divino Maestro, cuando predicó en su patria; conviene á saber, «hizo Jesús en su tierra pocos milagros á causa de la incredulidad de sus paisanos» (2), y lo demás que se expuso en el cap. I de esta parte.

Art. II.—Necesidad de excitar la imaginación para agradar

Es cosa de todos muy sabida haber en nosotros tres maneras de percibir las cosas, y son como caminos para llegar al asentimiento intelectual; conviene á saber; 1.° Por el sentido exterior conocemes los mismos objetos presentes real y sensiblemente. 2.° La imaginativa conoce las semejanzas corpóreas de las cosas, aunque ausentes. 3.° El entendimiento penetra las razones universales de los entes que puede percibir, hállense éstos á la vista ó fuera del alcance de los sentidos exteriores (3).

1 Para acercarse en lo posible al primer modo de conocer se ha usado mostrar en el púlpito libros, calaveras, etcétera, etc. ó representar la materia del sermón por cierto modo de comedia en la misma iglesia. Todavía en algunos puntos de España se conserva algo de eso en los sermones de la *Bofetada*, de *Pasión*, del *Encuentro*, del *Descendimiento de la Cruz*, etc. en Semana Santa. Mas estando estas representaciones sacras expuestas continuamente á que se profanen con irreverencias sacrílegas, ya el Cardenal Loren-

(1) Rom. VII.
(2) Matt. XIII.
(3) Summ Theol. 1.ª 2.ª, q. 15, a. 1.

zana, Arzobispo de Toledo (1772-1800), las reprobó con estas palabras: «No aprobamos el sacar calaveras, condenados ni pinturas horrorosas, ni aterrar demasiado á los oyentes, ni son propios de la gravedad del púlpito los sollozos extremados, las voces lastimeras, las bofetadas y otras acciones desmedidas...» (1). También había reprobado todo eso Alonso García de Matamoros († 1572) como cosa ya sobrado común en el siglo XVI.

Esta manera de sensibilizar es anterior al Cristianismo; pues no es desconocido el artificio de que se valió Marco Aurelio para el fin de excitar la indignación del pueblo romano contra los asesinos de César; porque, habiendo aquél desplegado delante del gentío la vestidura ensangrentada de César, exclamó estas palabras: «*¡Heu canos sanguine cruentatos! Heu vestem laceram, Caesar invictissime! ¡Invictissime Caesar! ¡Heu ideo togam assumpseras ut in ea morereris!*».

Hoy puede decirse que todos los antiguos aparatos, fuera de los casos susodichos, se reducen á tomar el Crucifijo en ciertos sermones morales de Misión, Cuaresma, etc. (2).

2 Cuanto al segundo modo de aprender, que es por la imaginativa, no hay duda de que es necesario y cae muy bien en Oratoria.

a) El fin de la predicación es inclinar la voluntad de los oyentes á que pongan por obra las doctrinas placenteras ó trabajosas que á su alma ha trasladado el predicador cristiano con los afectos tiernos ó vehementes de la Religión sacrosanta. Pero los movimientos del alma se avivan por la imaginativa, conforme lo enseña el Angélico (3), y afirma lo mismo San Juan de la Cruz al decir que «sin imaginación no hay sentimiento», y lo puntualiza más Huarte en su *Examen de los Ingenios*, donde coloca la Oratoria en la imaginativa.

---

(1) V. *Avisos* á los Predicadores.

(2) V. *Paulus Ecclesiastes* seu *Eloquentia Christiana...*, auctore Amadeo Bajocensi, praedicatore capuccino-Venetiis, 1737.

(3) *Summ. Theol.* I, q. 20, a, 1. ad. 1.m: «*Ex imaginatione consequenter natae sunt consequi animae passiones secundum quas movetur cor*». V. También *Filosof. Fundam.*—*El Sentimiento*, por Balmes.

b) Demás de esto, mientras estemos revestidos de este cuerpo, no hay entrada en nuestro entendimiento, si no es (pasadas las puertas de los sentidos exteriores) por la antecámara de la imaginación donde se estampan y se dibujan y se pintan y se doran todos los objetos con imágenes risueñaó espantosas. Por eso el público, sin que nadie le haya sos bornado, pide naturalmento del orador

«sentir, gozar, ver vivos los objetos;
no asistir á la triste anatomía
de fríos y desnudos esqueletos» (1).

Y cuenta que no sucede esto solamente en el vulgo, sino que, siendo la imaginación facultad natural, no puede nadie conocer de otra manera. «La experiencia nos enseña de continuo que, siempre que entendemos, se agitan en nuestra imaginación, formas sensibles relativas al objeto que nos ocupa... Así, hasta pensando en Dios, en el acto mismo que afirmamos que es espíritu purísimo, se nos ofrece á la imaginación bajo una forma sensible. Si hablamos de la eternidad, vemos al *Anciano de días*, tal como lo hemos visto representado en los templos; si de la inteligencia infinita, nos imaginamos quizá un piélago de luz; si de la infinita Misericordia, nos retratamos un semblante compasivo; si de la Justicia, un rostro airado. Al esforzarnos por concebir algo de la creación, se nos presenta un manantial de donde brotan la luz y la vida; así como la inmensidad la sensibilizamos también en una extensión sin límites» (2).

3 Por el modo de percibir las razones universales de las cosas, que es la tercera manera de conocer, se confirma todavía más la necesidad de excitar y hermosear la imaginativa en Oratoria como en cualquiera otra arte. Si seguimos el sistema escolástico, es la cosa más sencilla. Lo primero que se verifica en nosotros, según ya está dicho, es la *sensación* del sentido exterior; en llegando las especies sensibles dentro de nosotros, imprímense en la *imaginación;* de esta recámara mágica las especies pasan al *entendimiento*, donde

---

(1) *Arte Poética*, por Martínez de la Rosa.

(2) *Filosofía Fundamental*, tomo III *La Imaginación*, por Balmes.

se remata toda la operación intelectiva hasta formarse toda la idea, el concepto, el verbo, la palabra interior ó la idea-imagen. Por manera que el principio de todo concepto es una sensación, transformada en imagen sensible, y enviada por la imaginación al entendimiento, éste la convierte en su verbo, lo cual se expresa de esta manera breve: «*Phantasmata movent intellectum possibilem, sicut sensibilia sensum*» (1).

Por donde se ve claro que, siendo tan estrechas y tan íntimas las relaciones que hay entre las facultades intelectivas y las sensitivas, debe el predicador cultivar con entusiasmo lo que enriquezca su entendimiento y hermosee su imaginación; y con ello (ayudándole la gracia de Dios) tendrá bastante adelantado para remover los afectos de sus oyentes, y coronar con gloria sus fatigas apostólicas.

Don Luis Calpena, Magistral de la Real Capilla, abunda en todo linaje de pinturas. «Los ángeles brotaron del seno divino como salen del sol los rayos; ó como salen las centellas del pedernal. Dios es espíritu, y espíritus son los ángeles .. Esos seres que la iconología sagrada ofrece á nuestra contemplación envueltos en túnicas blancas y vaporosas como la espuma, con su cabellera de luz cayendo sobre los esculturales hombros, coronada la frente de espléndidos brillantes, calzados los pies de sandalias deslumbradoras, abiertas las alas, como para volar, y pulsando sus dedos vibrante lira...; esos ángeles de formas tan bellas, no tienen forma, son incorpóreos...» (2).

Art. III.—Tres reglas indispensables para el buen uso de las imágenes.

1-*a)* Antes que el predicador haga uso de las imágenes, tenga en consideración que «la imagen tiene razón de semejanza ó conveniencia; pero de tal modo que dicha semejanza convenga en la especie ó en alguna cualidad significativa de la especie, que puede ser la figura. Fuera de esto, la semejanza, para que tenga razón de imagen, ha de significar re-

(1) *Summ. contra Gentes.* L. I, c. 67. Para recordar más extensamente todas estas operaciones psicológicas léase el *Opúsculo XIII* del Doctor Angélico y la *Filos. Fundam: El entendimiento agente de los aristotélicos*, de Balmes.

(2) V. Sermones de la Santísima Virgen: *El Ave María.*

lación de origen... Mas esta razón de procedencia unas veces es por manera sustancial ó natural, otras sólo por manera artística, cuando el artista imita el modelo que es la causa ejemplar de su obra. Todavía esta imitación puede hacerse por dos modos: con instrumento ó materia, v. gr., el mármol, los colores, etc., ó sin instrumento alguno, como cuando un orador imita con sus palabras y acciones mímicas los pensamientos y los afectos de otro» (1). Pero esta imitación oratoria no debe ser tan exacta que iguale la imitación dramática que representa y finge á la persona á la cual en el drama se imita, mientras que el orador sólo refiere sus propios pensamientos y afectos. Con esta salvedad, la imagen oratoria resultará más hermosa y conmovedora cuanto se acerque con más perfección á la realidad de la cosa que sirvió de modelo á la imaginativa del predicador.

b) Esto que se afirma de una imagen aislada es absolutamente aplicable á toda la concepción *caleotécnica* ó sea á la composición ó reunión de imágenes proporcionada y armónica. Lo contrario sería como cuando el artista que, con pintar maravillosamente los ojos, los labios, la frente, etc., etc., de una imagen, no sabe colocar todas esas piezas de suyo bellas y acabadas con la debida proporción del todo, y esto en literatura sería como pintar el monstruo horaciano:

Humano capiti cervicem pictor equinam
Jungere si velit... Risum teneatis, amici?

que es cosa de risa, y que á las veces desacredita grandemente la gravedad y dignidad de la predicación cristiana.

En esto faltan no poco muchos de los predicadores del siglo XVII y de la primera mitad del XVIII, capitaneados, según dijimos, por Fr. Hortensio Paravicino, ridiculizado más tarde y retratado, á lo que algunos creen, por el P. Isla en su tan famoso *Fr. Gerundio de Campazas* (2).

(1) I, q. 35, a. 1. *Summae Theol. D. Tomae.*

(2) Acerca de la oratoria hortensiana véanse el *Discurso de recepción en la Academia Española* de Ferrer del Río y la *Contestación* por Hartzembuck. El P. Castaño en *El Orador Sagrado*, traducción de Monsabré, pone juicio crítico del *Fray Gerundio.*

No ha mucho que en un pueblo de labradores cierto predicador comenzó el panegírico de San Roque con esta descripción de la aurora: «Empezaba á salir la hermosa cabellera del dorado Faetonte por los rosáceos balcones del Oriente...» Claro es que el auditorio no entendía lo que el predicador gárrulo charlaba.

2 En segundo lugar, la imagen que intente presentar el predicador debe estar conforme á la capacidad é instrucción general del auditorio, como sea verdad que la imagen tiene relación íntima con los conceptos. De donde resulta que unas imágenes podrán pintarse en un púlpito á donde acudan oyentes ilustrados, y otras delante de ciudadanos menestrales; unas en los pueblos de marina y otras en cortijadas montañesas.

Contra esta regla pecó aquel predicador que en uno de estos pueblos serranos, cuyos habitantes no habían visto más agua que la de las fuentes del río que allí nacen, se entretuvo en figurar el corazón humano como un buque (que él describía con toda su nomenclatura técnica) que se balancea de *babor* á *estribor*... Los sencillos montañeses no entendieron palabra.

3 Por último, téngase á la vista que lo que sería oportuno y bien recibido en el predicador de una edad no lo será en el de otra. Para cuya confirmación queremos traer aquello del Filósofo que expone la belleza del joven florido y la del varón adulto y la del anciano en sus maneras de hablar. «La gracia, dice, no es igual en todas las edades, sino diversa. Pues la gracia del mancebo está en que se presente con cierta suavidad en sus palabras que recreen á sus oyentes. La gracia de quien está ya en edad granada y cabal, en que acompañe la dulcedumbre de palabras con maneras que imponga cierto respeto. La del anciano, finalmente, se verá, si sus labios no manifiestan tristeza, y él está libre de aquellos achaques que suelen hacer repugnante la vejez» (1). Por donde, lo que en un orador sería brillantez laudable, en otro sería ridiculez reprensible: y siempre lo será, por concluir, como se traspasen los límites de la templanza literaria. «Esta templanza, dice Veuillot, conoce que las bellezas que fatigan ya no son bellezas, y que las luces mal colocadas ó demasiado brillantes impiden ver: sabe lo que debe decir, lo que

(1) *Rhetoric*, L. I, c. 5.

debe dejar que se adivine y lo que debe omitir en absoluto» (1).

Art. IV.—Lugares oratorios para enriquecer la imaginación del Orador: Bellas Artes.—Se responde á unas observaciones.

1 Los retóricos antiguos no ponían la Oratoria en la categoría de las *bellas artes* formalmente; pero la coronaban por reina de todas ellas: *Regina Artium* (2), y todas las artes habían de ceder todas sus galas para el embellecimiento de su reina, como particularmente de la Oratoria Sagrada lo enseñan repetidas veces San Agustín en su *Doctrina Christiana* y los otros innumerables santísimos doctores, según con más detención veremos adelante.

Por eso las artes bellas, tanto si se definen «representativas de la belleza: *pulchri repraesentativae*, como si se quiere que sean sólo las que «representan bellamente su objeto: *quae suum objectum pulchrè repraesentant*» (3), en todo caso contribuyen poderosamente al enbellecimiento de la imaginativa del orador, y son medios, por tanto, muy principales para el fin de agradar á los oyentes.

Y estas bellas artes—sobre ser fuentes de inspiración—«en el seno del orador brotarán á su paso como flores destinadas á tejer la corona de su prestigio, como rayo de luz para acrecer el brillo de la aureola de su inmortalidad. El orador habla, y, realizando la belleza en las dos esferas del arte: el tiempo y el espacio que han de ocupar más tarde las respectivas artes del oido y de la vista, es, á la vez que *arquitecto* por el plan y los líneas arquitectónicas de su discurso, *escultor* por las actitudes esculturales de su cuerpo, *pintor* por la luz brillante de sus ojos, y las tintas y matices con que da á su rostro la expresión, *músico* por el número de su acento,

(1) *Pensamientos de Veuillot*... Madrid, 1878.

(2) V. Yungmann: *Las Artes Bellas*.

(3) A esto último parece favorecer aquello de Santo Tomás «Aliqua imago dicitur esse pulchra, si perfectè repraesentat rem quamvis turpem (Summ. Theol. I, q. 39, a. 8)». V. también *Ars Dicendi* del P. De-Colonia, donde se critican estas dos definiciones.